

DON ANGEL ROMANI VERDEGUER

ESQUEMA EVOCADOR

Sin título oficial ninguno que dé autoridad a mis líneas, por imperativo, sí, de mi afección familiar y de mi dilatado trato con el Excmo. Sr. D. Angel Romaní Verdeguer, me atrevo a pergeñar este artículo evocador de la vida y obra del que fue presidente de la docta corporación Real Academia de Bellas Artes de San Carlos desde el día 5 de junio de 1972 hasta el de su óbito, en Valencia, 11 de noviembre de 1973.

Si corto fue, lamentablemente, su período presidencial, larga ha sido su vida académica, ya que en la sesión del 11 de diciembre de 1935 leyó su interesante discurso de ingreso sobre «La austeridad en la arquitectura moderna», contestado por el académico arquitecto don Francisco Mora Berenguer, muerto también cuando cumplía en la Academia las funciones de la máxima dirección.

Nacido don Angel Romaní Verdeguer en Villanueva del Grao, el 31 de enero de 1892, hijo de Manuel y de Eugenia, cursó el bachillerato en el entonces llamado Instituto General y Técnico —luego, Luis Vives— hasta 1908, pasando a realizar los estudios de la carrera de arquitecto en la Escuela de Arquitectura de Barcelona, donde dominaba la tendencia «modernista», y se graduó en el año 1919. Muy poco tiempo después alcanzaba, por claros méritos, los nombramientos sucesivos de arquitecto municipal de Sagunto (1921) y de Valencia (1922). En ambos cargos realizó importantes obras, entre las



Casa-jardín en el Cabañal (Valencia)

que cabe destacar, en Sagunto, la construcción de un hospital y de un grupo escolar, así como varios proyectos para casa-cuartel de la Guardia Civil, mercado, matadero y urbanización general. Mención aparte merece la obra, obtenida mediante concurso, *Monumento a la Paz*, inaugurada por su majestad el rey Alfonso XIII el día 3 de junio de 1927 y destruida durante la guerra de 1936. Su altura total, con la estatua simbólica que lo remataba, ascendía a veintiocho metros y, aparte de su estilizada y sobria belleza, poseía una significación histórica, testimonial, como recuerdo del pronunciamiento del general Martínez Campos en pro de la restauración de la dinastía borbónica española.

Su actividad como arquitecto municipal en Valencia ciudad, durante cuarenta años (fue jubilado, siendo arquitecto mayor, en el año 1962), resultó continua, incesante —salvo el período de la guerra civil—, adquiriendo especial relieve, entre otros quehaceres y obras, la dirección de las del mercado central, matadero y varios mercados en el Cabañal. Y entre sus más notables obras particulares, son dignas de señalar una elegante y señorial casa-chalet en la



Casa en el Cabañal (Valencia)

calle de Sorní y otros edificios en las de Hernán Cortés, Pizarro, Cirilo Amorós y en el Grao y el Cabañal, expresando en las mismas su sentir de artista arquitecto, uniendo lo estético a lo útil, como queda bien expresado en su citado discurso de ingreso en la Academia, asegurando en uno de sus fragmentos que «el resultado técnico representa solamente el cuerpo de la arquitectura, mientras el arte, que es el alma, requiere el soplo divino de la inspiración». «La arquitectura —concluye— tiene de excelente que las leyes del gusto no se oponen a las conveniencias de la construcción.»

Capitán honorario de ingenieros durante la guerra, tuvo diversas actuaciones en muchos lugares de la llamada zona nacional; construyó el monumento al general Mola en el monte Perejil (término de Alcocero), y tras de ser nombrado asesor del servicio militarizado de recuperación del Patrimonio Artístico Nacional, proyectó y dirigió la construcción en Valencia —junto a sus compañeros don Víctor Gozálviz Gómez y don Luis Costa Serrano— del sanatorio Casablanca, hoy 18 de Julio, en la avenida de Jacinto Benavente, y como arquitecto del Patronato de Casas Militares, distintas obras en Cartagena (Murcia), así como el grupo de viviendas para jefes y oficiales en el paseo de la Ciudadela, calles de Finlandia y Gil Dolz, de Castellar, y Camino Real de Madrid.

Larga vida, pues, y fecunda en diversas creaciones arquitectónicas públicas y privadas, coronada por familiares felicidades, entre las que destaca el ver prolongada su dilecta profesión por la misma en su hijo don Juan Manuel.

Vocal de la Comisión de Monumentos de Valencia, asesor de la Junta Consultiva de Espectáculos Públicos, consiliario primero en la Academia y académico correspondiente de la de San Fernando, de Madrid, sucedió en la presidencia de aquella de San Carlos a su compañero el inolvidable prócer don Javier Goerlich Lleó, y, como buen valenciano, se sentía orgulloso por haber intervenido en informes para la declaración de monumentos histórico-artísticos de varios edificios de nuestra urbe, como el palacio de los marqueses de Huarte, la iglesia del Santísimo Cristo del Salvador y el palacio de los condes de Berbedel, y otros provinciales, tales como el hospital y la casa de Alarcón, de Játiva; la iglesia de Cogullada, de Carcagente; la torre de Paterna; el monte Santo, de Luchente; el Marenyet, de Cullera, y la villa de Luchente.

Mas por encima de todas estas meras evocaciones tangibles de sus quehaceres y obras profesionales, de su vocación por las artes, sobresale su trato afable, sus cristianos sentimientos elevados y caballerosos, su devoción sincera por los éxitos de sus colegas de tres generaciones: las de sus maestros, sus coetáneos y sus sucesores. Viviendo en una época técnico-artística crucial, no desdeñó los logros de sus cercanos o distantes antepasados —los Martorell, Carbonell, Rodríguez...— ni se afincó, apasionado, en el triunfante



Casa-chalet en la calle de Sorní



«Monumento a la Paz», en Sagunto

modernismo catalán —acaudillado por Gaudí y Puig y Cadafalch, entre otros—, tan pujante, ni ignoró y criticó los avances funcionalistas de la juventud innovadora, mostrando un equilibrado talante comprensivo, prudente, abierto a todo progreso y cambio que los mismos distintos materiales y medios comportan.

Así, en síntesis, don Angel supo conciliar con discreción todas sus privadas y públicas actividades, de arquitecto y devoto de las demás artes (como demuestran algunas intervenciones suyas en retablos

de altares, como el de San Juan y San Vicente), con las familiares y sociales, con un tacto bondadoso y jovial —no exento de notas humorísticas muy valencianas— que evidenció en el seno de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, la cual ha sentido profundamente su muerte, como cuantos tuvieron la satisfacción de tratarlo. Y en su vida se unió la constancia trabajadora a la distinción de espíritu.

FERNANDO DICENTA DE VERA



Don Angel Romani imponiendo la medalla académica al maestro Iturbi